

ANÁLISIS

# *Cambios en los países árabes: riesgos y oportunidades*



HERNÁN BÜCHI

Lo que está sucediendo en algunos países árabes es una prueba más de cómo la realidad nos sorprende creando nuevos escenarios. Aun cuando era probable que dichos países debían algún día evolucionar, la forma y velocidad en que se están produciendo los cambios estaban fuera de todo cálculo.

No sabemos aún cómo terminará este proceso. Lo razonable es suponer que habrá distintas situaciones. Países como Arabia Saudita no debieran tener un cambio traumático. Egipto y Túnez tienen la oportunidad de crear institucionalidades democráticas. Desafortunadamente, en otros casos, Libia podría ser

uno de ellos, una guerra civil o la desintegración son posibles como sucedió en Yugoslavia.

Los efectos para la economía mundial dependerán del camino que los hechos finalmente tomen. Es claro que si Arabia Saudita y Kuwait caen en el caos, el mercado de los combustibles, y con ello la economía, serán fuertemente afectados. Pero si el escenario razonable es el que se impone, los efectos no debieran ser traumáticos. El precio del petróleo estará

más elevado y volátil, como ya lo estamos viendo, reforzando el alza que las materias primas y los alimentos han experimentado con la recuperación económica. Los precios al consumidor se verán afectados y la economía será menos dinámica. Las estimaciones indican que un 10% de alza del petróleo afecta entre un 0,12 y un 0,20 el crecimiento mundial.

Pero en su conjunto, la situación sigue siendo positiva y permite proyectar al mundo crecien-

do sobre el 4% este y el próximo año. El manejo de la política monetaria no será fácil y existirán momentos complejos. A su vez, se deberá avanzar en resolver los desequilibrios de fondo, fiscales y otros. Si ello sucede, se puede ser optimista para los años siguientes y una prosperidad creciente es posible.

Chile sigue beneficiado, y el cobre es la señal más obvia. Las cifras económicas a marzo, cuando se conozcan, debieran

mostrar un excelente desempeño a doce meses. Pero igual que el mundo, para asegurar nuestra prosperidad futura, debemos hacer bien nuestras tareas. El racionamiento eléctrico es una muestra de que no lo hemos hecho.

Por alguna razón seguimos anclados en visiones ideológicas erradas y actuamos para satisfacerlas. Un mayor gasto público pareciera ser una bendición, sin importar sus consecuencias en bienestar futuro. ¿De qué otra manera se explica el apuro por aumentar el gasto en 85% en diciembre si no es para mostrar una cifra anual de crecimiento políticamente aceptable? Que a estas alturas la evolución de la economía y del tipo de cambio recomendaran algo distinto no fue suficientemente relevante.

Una actitud antiempresa, supuestamente las grandes, parece ser un ingrediente político indispensable. Impuestos, desconfianza, más regulaciones, pretender hacer simétrico un acto de por sí asimétrico, como cuando alguien deposita su confianza en otro y le presta dinero, es lo que escuchamos a diario. No es extraño que falte energía si hay que pedir perdón por pretender producirla. A pesar de los esfuerzos y declaraciones en contrario, en la práctica es a las pequeñas y medianas empresas a las que se les hace cada vez más difícil existir, y es esperable que a mediano plazo sólo subsistirán las que actúan informalmente.

Es bueno que recordemos que el éxito político y social sólo se logra con progreso. Las empresas modernas son el motor más poderoso de innovación, organización de gran escala y transmisión del conocimiento que existe. Son únicas en su efectividad para hacer el esfuerzo humano productivo. Hacen una contribución revolucionaria al país y al mundo. Ni los gobiernos podrían funcionar sin ellas; su capacidad de recaudación y control se reduciría al mínimo. Los efectos positivos que generan y que no se ven siempre a primera vista —como mejores salarios, menores precios y muchos otros— son muy superiores a los negativos, que hoy nos especializamos en remarcar y alrededor de los cuales una burocracia estatal y privada crece frondosamente.

Si la evolución razonable se da, lo que suceda incorporará a millones de personas, sólo Egipto tiene más de 80, a una mayor dinámica de progreso. Ojalá hagamos lo nuestro para que Chile también se beneficie.

Por alguna razón seguimos anclados en visiones ideológicas erradas y actuamos para satisfacerlas. Un mayor gasto público pareciera ser una bendición, sin importar sus consecuencias en bienestar futuro.